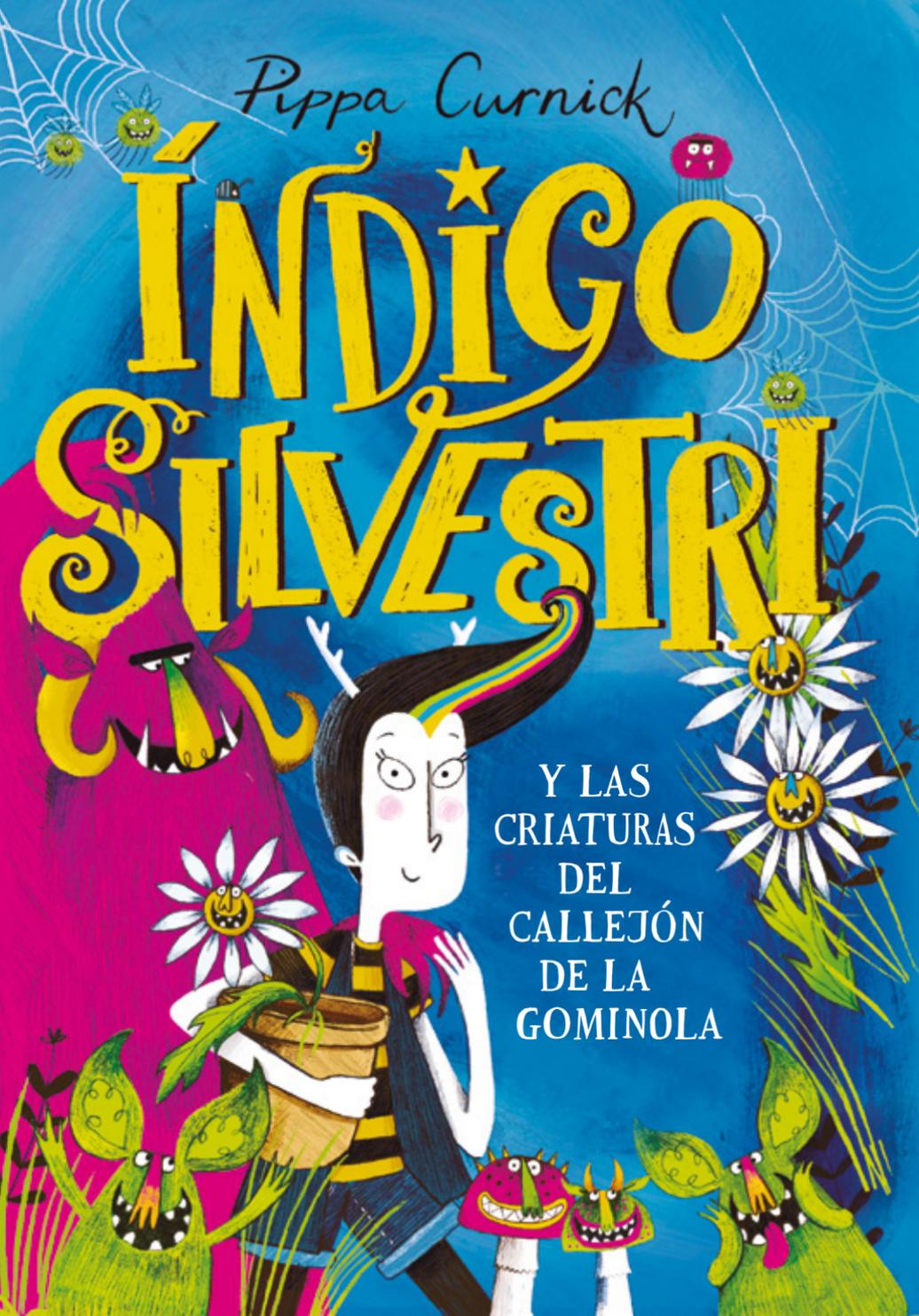


Pippa Curnick

ÍNDIGO SILVESTRI

Y LAS
CRIATURAS
DEL
CALLEJÓN
DE LA
GOMINOLA



Título original: *Indigo Wilde and the Creatures at Jellybean Crescent*
Publicado por primera vez por Hodder & Stoughton Limited, 2021

1.ª edición: septiembre 2022

© Del texto y las ilustraciones: Pippa Curnick, 2021
© De la traducción: Jaime Valero, 2022
© Hodder & Stoughton Limited, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-698-8876-6
Depósito legal: M-12627-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Todos los personajes y sucesos de esta obra, salvo aquellos que claramente sean de dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.



Este libro está dedicado
a los excepcionales
exploradores:



AUTUMN: ADIESTRADORA DE GATOS



BEN: DOMADOR DE MONSTRUOS



ROUX: JINETE DE DRAGONES



EL REY WELLINGTON

El Vocero Diario

NOTICIAS SECRETAS PARA LOS EXPLORADORES DE LO DESCONOCIDO

MARTES, 9 DE OCTUBRE

LOS FAMOSOS EXPLORADORES FILOMENA Y BERTRAM SILVESTRI SALVAN A UN BEBÉ DE UN TIGRE DENTUDO



EL MARTES PASADO, DESPUÉS DE LA MERIENDA, dos exploradores de fama mundial, Filomena y Bertram Silvestri, encontraron a un bebé

gateando por la selva Selvática del paraje Salvaje. La niña, de diecinueve meses, estaba siendo acechada por un tigre enorme y dentado, que se la habría zampado



de no ser por la rápida intervención de los Silvestri.

Poniendo en riesgo su integridad física, la señora Silvestri inmovilizó al tigre en el suelo y le cerró las mandíbulas (temporalmente) con un práctico tubo de pegamento extrafuerte y superviscoso del doctor Emplasto. El señor Silvestri le ató las zarpas con una liana, le dio un golpe en el hocico con el zapato y le cedió al hambriento bebé su último sándwich de huevo.

Los Silvestri planean adoptar a la pequeña si no logran encontrar a sus padres biológicos. Sin embargo, aún debe valorarse si sería

adecuado introducir a un bebé en su casa.



**HELADERÍA
BOLINGAS**

¡MUESTRAS
BOLAS DE HELADO
SON MÁGICAS!

**10% DE
DESCUENTO
EN TU PRIMER PEDIDO
CON ESTE CUPÓN**

¡MI PADRE ES UN UNICORNIO!

ARTÍCULO COMPLETO: PÁG. 25

Desde hace muchos años,
es bien sabido (entre quienes

nos dedicamos a explorar los mágicos e insólitos Mundos Ignotos) que la casa de los Silvestri en el número 47 del callejón de la Gominola, en Buenos Barros, Inglaterra, es el hogar de multitud de criaturas exóticas y peligrosas. Los Silvestri son famosos por rescatar a esas criaturas cuando están heridas o han sido expulsadas de sus

hábitats naturales, para luego proporcionarles un lugar seguro donde recuperarse.

El mes pasado, *El vocero diario* informó de que los Silvestri habían invitado a una trasa a vivir a su casa.

La señora Silvestri declaró a nuestro reportero que la trasa había sido expulsada de su hogar por alimentarse en secreto de ensalada de patatas, en lugar de seguir

PEGAMENTO EXTRAFUERTE Y SUPERVISCOZO DEL DOCTOR EMPLASTO

¡EL PEGAMENTO MÁS
FUERTE DEL MUNDO IGNOTO!



la dieta habitual de los trasgos, a base de niños pequeños.

La señora Silvestri nos contó que la trasca se convertirá en residente permanente de la casa del número 47 y que será «una niñera maravillosa».

Con su creciente colección de criaturas extrañas, mágicas y, sin duda, peligrosas (y con un nuevo bebé en camino), los Silvestri tendrán que hilar muy fino, pues solo es cuestión de tiempo que el resto de vecinos del callejón de la Gominola empiecen a notar que allí

¿TU CASA HUELE A LEONERA?

EN ESE CASO, NECESITAS...

*El limpiador de manchas
y olores tozudos de la*

SEÑORA PATENA



está pasando algo raro. Y todo habitante del Mundo Ignoto sabe que eso podría desembocar en un montón de líos morrocotudos.





-UNO-

CALLEJÓN DE LA GOMINOLA, Nº 47

Índigo Silvestri era una niña de once años normal y corriente. O casi. Le gustaban los donuts, el patinaje sobre hielo y su hermano pequeño Quigley, pero no le entusiasmaban demasiado las matemáticas, ni los deberes, ni pasar el aspirador.

También había varias cosas inusuales en ella:



su familia, para empezar. Los padres de Índigo, Filomena y Bertram Silvestri, eran unos exploradores de fama mundial. Recorrían los mundos conocidos y por conocer en busca de nuevas y peligrosas criaturas. A los Silvestri les encantaba todo cuanto reptara, rugiera o tuviera pelaje o escamas, y si encima podía escupir fuego o devorar a una persona de un bocado, mucho mejor. Los padres de Índigo no solo la rescataron de un terrible tigre devorador de humanos, sino que también salvaron a su hermano pequeño.

Quigley apenas era un bebé diminuto cuando Filomena y Bertram lo encontraron en el nido de un dragón, en lo alto de un volcán en erupción. Pero Quigley no escapó de allí ileso; los rugidos del dragón eran tan ensordecedores que el bebé perdió el oído. Quigley era la persona más inteligente que Índigo conocía, y, en poco tiempo,



toda la familia aprendió a comunicarse en lenguaje de signos.

El problema de tener unos padres exploradores de fama mundial era que pasaban mucho tiempo fuera de casa. Siempre estaban embarcados en expediciones importantes, así que Índigo y Quigley tenían que cuidar de la casa y de todas las criaturas mágicas que vivían allí.

Aquello solía resultar divertido, porque podían comer montañas de helado y quedarse despiertos hasta tarde, pero, a veces, llevar el mando de todo era un rollazo. Por ejemplo, nunca podían invitar a sus amigos a dormir a casa por miedo a que se los zampara un duende.

Índigo y Quigley vivían en el número 47 del callejón de la Gominola. La calle en sí era bastante vulgar: tenía la típica carretera gris y aburrida, un puñado de árboles larguiruchos y un regimiento de farolas a lo largo de la acera.



Sin embargo, si te fijabas con atención (algo que la gente no solía hacer), te dabas cuenta de que el árbol situado frente a la casa del número 47 era un pelín diferente: tenía las ramas torcidas y entrelazadas hasta adoptar formas extrañas, lo que le daba el aspecto de un viejo monstruo nudoso y expuesto a las inclemencias del tiempo.

Si prestaras más atención todavía, te darías cuenta de que el tramo de carretera gris y aburrida que discurría frente a la casa del número 47 centelleaba, como si el asfalto



estuviera mezclado con unos diamantes diminutos. Y si entornabas mucho, mucho los ojos, si los achicabas con todas tus fuerzas y meneabas las cejas arriba y abajo, verías que la farola situada frente a la casa del número 47 despedía un levísimo fulgor verde.

Era un edificio gigantesco. Índigo no estaba segura de haber visitado todas las habitaciones, y eso que llevaba años viviendo allí.

Índigo sentía un cariño tan grande por esa casa que hasta le dolía el pecho. Le gustaba que, mientras que todas las demás casas de la calle eran pequeñas, con forma de caja y de color beige, como un cuscurro de pan duro, la casa del número 47 la formaba una maraña de tonos rosas, verdes, azules y naranjas que eran un regalo para los ojos.

Le encantaba que su casa tuviera ventanas circulares, ventanas con forma de estrella y ventanas con vidrios multicolores. Su favorita era la enorme vidriera del octavo piso,



que representaba un unicornio. Le encantaban las torretas, el jardín frondoso y repleto de hadas, la biblioteca donde vivía una manada de bufifantes y el invernadero atestado de plantas carnívoras.

La casa tenía dieciséis chimeneas que asomaban en todas direcciones desde los innumerables tejados, y a Índigo le chiflaban todas y cada una de ellas. Algunas tenían forma de sacacorchos, había una que escupía humo de todos los colores del arcoíris; aunque sus preferidas eran las chimeneas rosas de la tercera planta que cantaban *Dulce Navidad* cada vez que alguien encendía un fuego en ellas.

En el sexto piso, una bandada de flamencos flamígeros (similares a los flamencos corrientes, pero mucho más vistosos) habían establecido sus centelleantes nidos. En el pico del tejado más alto había una vieja veleta oxidada que tenía la forma de un cerdo







comiéndose un sándwich y que giraba para aquí y para allá, incluso cuando no había una sola gota de viento.

En conjunto, la casa del número 47 no era normal. Sin embargo, lo más anormal de ella era que nadie parecía advertir su falta de normalidad. La gente que vivía en el callejón de la Gominola no se paraba a mirar la casa de Índigo y pensaba: «Vaya, vaya, ¡qué casa tan rara!», ni se preguntaban: «¿Por qué hay un cerdo comiéndose un sándwich en ese tejado?». No, se limitaban a ignorarlo y a encerrarse en sus casas de color beige con forma de caja, sin pararse a pensar en ese edificio tan extraordinario, dentro de la vulgaridad que reinaba en su calle.

Allí se alzaba la espectacular casa, ignorada por el resto de los habitantes del callejón de la Gominola hasta que, un sábado del mes de junio, las cosas empezaron a torcerse un pelín...



BUSCA LA PRÓXIMA
Y ASOMBROSA AVENTURA
DE ÍNDIGO EN...

ÍNDIGO SILVESTRI

Y EL
PARAJE
SALVAJE



ÍNDIGO SILVESTRI

es una niña normal.

O CASI.

Le gustan los **DÓNUTS**, su hermano pequeño, **QUIGLEY**,
y su casa en el **CALLEJÓN** de la **GOMINOLA**.

Pero la vida en casa de Índigo no tiene nada de **CORRIENTE**... Nadie lo sabe, pero está repleta de **CRIATURAS MÁGICAS**.



ISBN 978-84-698-8876-6



9 788469 888766

1525272

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com